

—La constancia y el trabajo, deben tener su premio y tú bien lo mereces por esto;—le dijo el opulento judío después de ayudarle a descargar el saco.—Quiero premiarte mejor que tu destino con algo de más valor que lo que hoy podías esperar.

Y sacando una primorosa alcancía de fina y frágil porcelana, introdujo en ella ante los atónitos ojos de David hasta cincuenta monedas de oro.

—Toma—añadió—este es tu salario.

—¡Oh gran señor—exclamó David dosconcertado,—juro por Dios de Israel, que no solo eres el más generoso de los judíos sino el más grande de todos los hombres.

Y prodigando sus mas entusiastas zalemas, salió contentísimo tras haber besado aquel suelo repetidas veces.



No habían transcurrido muchos días, cuando Samuel vió aparecer en su puerta a su humilde colega, triste y famélico que le dijo.

—¡Oh generoso señor! Te suplico que me saques de la más espantosa de las miserias, pues los negocios se dan mal y hoy no tengo ni un pedazo de pan para llevar a la boca.

—¿Cómo?—gritó Samuel—¿gastaste ya las cincuenta monedas?

—Nada de eso, señor; esta primorosa alcancía que las contiene, tiene algún secreto que impide sacar las monedas por su ranura sin romperla. Por eso te suplico que la tomes y me des las cincuenta monedas que contiene y una más por la alcancía que seguramente vale lo menos dos.—Y esto diciendo, la sacó de su envoltorio que la preservaba cuidadosamente.

Rió Samuel del caso y le dijo:—Quédate con la alcancía y el dinero y rómpela cuando lo necesites—.

—¡Ah señor! Líbreme Dios de hacer t al desacato. Tómalala tu y cree que al quedártela por una sola moneda haces un buen negocio.

—No la necesito,—dijo Samuel y acto seguido lo condujo a una habitación donde entre miles de primores semejantes, tenía una gran cantidad de alcancías iguales a aquellas.

Quedó decepcionado David al contemplarlas y arrojando la suya al suelo añadió mientras recogía las monedas de entre sus pedazos.

—Ciertamente, Samuel, me engañaste con tu alcancía que yo creí única en el mundo.

—Es verdad—contestó Samuel gravemente,—que no hay nada por insignificante que sea que no tenga su valor; también lo es que las cosas pierden en nuestra estimación cuando las vemos al alcance de cualquiera; pero no debemos conceder demasiada importancia a esta impresión ni a los pequeños incidentes que se presentan en nuestro camino cuando hemos de conseguir un fin más grande. Si alguna vez, David, vas a concurrir conmigo en algún negocio, no te entretengas en recoger las tachuelas doradas que encuentres en tu camino.